

partero en Aragon. Preparó su feliz resultado una singularísima estratagema de Zurbano, quien, llevado de su genio aventurero y audaz, fraguó una supuesta carta que del campo liberal se dirigía al gobernador de la plaza, de la que aparecía estar este en inteligencia con los liberales para hacerlos dueños de ella. En el silencio de la noche acercóse á un prisionero que en aquel mismo día había salido de la plaza, logrando de él por agasajos y amenazas, que lo acompañara hasta el pié del muro á paraje desde el cual pudo Zurbano arrojar dentro del recinto y á los piés de uno de los centinelas que montaban guardia en la muralla la carta acusadora. Logrado que hubo Zurbano su intento y siéndole fiel su acompañante volvió al campamento dejando introducida la discordia en la plaza; pues del ardid se originó un levantamiento, de cuyas resultas anduvieron á tiros los sitiados, murió el gobernador y fué reemplazado por otro jefe, quien, aunque decidido á sostener la enarbolada bandera negra, no pudo mantener el espíritu de sus subordinados á la altura que se requería para soportar los estragos y catástrofes del fuego de las baterías de sitio, á cuyo rigor dejóse oír el grito de *capitulacion*, la que se llevó á efecto el 28 de febrero, día de San Baldomero, celebrado por los soldados de Espartero con la rendición de Segura. A la toma de este punto siguió en breve la de Castellote, posición todavía mas fuerte y que defendieron bizarramente los sitiados. Llevados por la enérgica voluntad de no sucumbir, y á fin de privar al enemigo de los puntos de apoyo que en los caseríos, situados en las inmediaciones, podía encontrar en ayuda de las operaciones de sitio, determinaron los carlistas arrasarlos, incendiando toda la comarca.

Con este intento salieron de la plaza, presentándose con la tea encendida ante los hogares de las numerosas familias, á las que iban á dejar sin abrigo y sin pan. Desgarrador fué el cuadro que ofrecieron ancianos, mujeres y niños arrojándose á los piés de los incendiarios, implorando su conmiseración; estériles súplicas que ni impidieron ni retardaron la consumación de la catástrofe.

Roto por los sitiadores el fuego de sus baterías y en vista de los escombros que los disparos aglomeraban, tratóse de capitular; pero no habiendo aceptado Espartero las condiciones propuestas, y obstinándose en ellas los sitiados, hubo de continuar el fuego y la consiguiente ruina sobre los muros y edificios hasta que, enarbolada la bandera blanca por la plaza, entregóse esta á discreción. El sitio de Castellote fué arduo y puso á prueba, no solo el tino militar del general en jefe, sino también el esfuerzo y pericia de los generales Leon, Ayerbe, Concha, Tena, Cortinez, y el de los jefes de las armas especiales. El Congreso recompensó con un voto de gracias el comportamiento del ejército y de su general.

Encargado de la defensa de la línea de Segorbe á Sarrion el brigadier don Manuel Pavía, tuvo un feliz encuentro en Naliches con los partidarios Gracia y La Coba, del que salió vencedor causando al enemigo 60 muertos y 72 prisioneros.

Todavía fué mas afortunado Zurbano. Tuvo en las inmediaciones de Aliaga un encuentro con los batallones 6.º y 7.º de Aragon, á los que, al frente de fuerzas muy inferiores, logró destrozar haciéndoles 419 prisioneros.

Por su parte el general don Diego Leon se hacia dueño de Monroy y de Peñaroya, puntos avanzados de la plaza de Morella.

El 3 de abril era embestido el castillo de Aliaga, antigua fortificación de los caballeros de la orden de Malta, resguardado por tres recintos á los que se habían hecho reparaciones, que los constituían en perfecto estado de defensa. Consideróse por los ingenieros tan fuerte el castillo, que se recurrió á excavar minas, al mismo tiempo que no se descuidó el uso de piezas de grueso calibre; medios agresivos que fueron de tan inmediato efecto sobre el ánimo de la guarnición, que á gritos pidió esta capitular; movimiento que quiso reprimir á sablazos el gobernador del fuerte, cuya energía tuvo sin embargo que ceder al decaimiento de entusiasmo que rápidamente se extendía bajo la doble acción del adverso cambio de fortuna que la causa carlista experimentaba y muy principalmente desde que la presencia de Cabrera había cesado de suministrar cotidiano alimento al ardor de sus soldados.

Movióse el ejército desde Aliaga en dirección de Alcalá de la Selva, señalándose las operaciones subsiguientes por una continuada serie de descalabros, experimentados por los carlistas.

El general Leon derrotó á Bosque al mismo tiempo que Zurbano lo hacia á Boiseau en Beccite, causándole 300 bajas. El 27 hacia Ayerbe capitular al fuerte de Arés, y avanzando Leon sobre Mora, obligaba á Cabrera, todavía convaleciente que había buscado refugio en la población, á evacuarla. El 29 Alcalá de la Selva caía en poder de las fuerzas de Espartero, y dándose la mano con estos triunfos, lograbanse otros no menos importantes en el territorio de Valencia. En 1.º de mayo hacia colocar Azpiroz sus baterías frente al castillo de Alpuente, cuya resistencia hubiera querido prolongar su gobernador; pero sus soldados no participaban del mismo ardor y le obligaron á capitular. El 7 se formalizaba el sitio de Begis, cuyo castillo fuerte y bien guarnecido prolongó su defensa hasta el día 20 en que se rindió á las armas de la Reina.

La serie de puntos fortificados que por asedio, capitulación ó abandono fueron arrancándose á Cabrera en el espacio de pocas semanas, desmoronando el poderío que le había costado años de energía, de habilidad y de horrores ir levantando, traen involuntariamente en memoria la aplicación del célebre dicho del Rey don Fernando el Católico, cuando al emprender su conquista del reino de Granada, y á medida que iba apoderándose de sus plazas, decía: *el reino de Boabdil es una alcachofa, cuyas hojas voy desgajando una á una.*

En igual forma y á idénticos fines venía la estrella de Espartero y la razón de ser de la idea liberal dando fin con la obra del caudillo del Maestrazgo.

Convaleciente este, fué conducido en 1.º de mayo de Mora de Ebro á la Cenia; y algun tanto repuesto, si bien profundamente abrumado su ánimo en presencia de la serie de desastres que no había logrado conjurar, pudo montar á caballo, dirigiendo á los que le seguían estas únicas y significativas palabras: *á Morella vamos*; y aunque en aquella marcha y durante su breve permanencia en dicha plaza de guerra, procuró galvanizar el entusiasmo de sus adeptos, el soplo de la fortuna le era contrario, y las demostraciones de aquiescencia, que no cesaban de dirigirsele, ya eran mas bien señales de respeto que testimonios de confianza. Despues de una corta residencia en la plaza, en la que dejó numerosa guarnición y cuantos elementos de defensa pudo allegar, salió Cabrera á recorrer los demás puntos de su ya harto cercenado territorio.

El general Leon marchaba sobre Gandesa, haciéndolo sobre Valderobres Zurbano, el que, encontrando en su camino á Arnau, lo batió é hizo retroceder.

Amenazada Cantavieja por el avance de nuestras tropas, y consultado Cabrera respecto á la conducta que su guarnición debería seguir, juzgó el jefe carlista no deber fraccionar demasiado sus debilitadas fuerzas, y prescribió el abandono de la plaza, que ocupó el general Ayerbe, siéndolo sucesivamente por las fuerzas liberales San Mateo, Villahermosa, Benicarló, Galera y Ulldecona.

Por consecuencia de esta no interrumpida serie de operaciones, las tropas de la Reina dominaban de Mora á Flix, de Teruel á Sagunto, y de Alcañiz á Tortosa y á Castellon. El general O'Donnell avanzó en dirección de la Cenia, que ocupaba Cabrera, quien trató de defender aquel punto con el denuedo y pericia que le eran habituales; pero tenia delante un adversario acostumbrado á no ceder, y empujado además el jefe carlista por el rigor de las circunstancias que lo acosaban, vióse obligado á ceder á su enemigo una posición en la que de antemano había resuelto no permanecer, abandonando la orilla derecha del Ebro en cuanto Morella sucumbiese, suceso que no le quedaba ya esperanza de que dejase de realizarse.

En efecto habíase puesto en marcha Espartero en dirección de la plaza el 18 de mayo. El 19 se hallaba á su frente; el 20 había colocado baterías de sitio y apoderádose del fuerte exterior de San Pedro. Igual suerte corrió el de Querola, habiéndose dado el espectáculo de que en el asedio de dichas dos posiciones, Fulgosio y don Enrique O'Donnell, ambos

convenidos de Vergara, ostentasen el mas ardiente celo por la nueva bandera en que se habían alistado. El cuerpo de la plaza seguía resistiéndose; pero era ya tan general el decaimiento del espíritu carlista, que dos jefes de la guarnición, que se pasaron al campo liberal, fueron portadores de datos y noticias, que contribuyeron no poco á adelantar los medios de ataque. A favor de ellos se completó la circunvalación del fuego de las baterías; y sus efectos fueron tan terribles sobre el caserío, que el atribulado vecindario buscó refugio en las iglesias, sin que este recurso bastase para preservar de la muerte á individuos del paisanaje, entre ellos personas notables; suceso que acabó de generalizar el terror en la población.

Como recurso supremo decidióse el gobernador por el abandono de la plaza, mas apenas fué conocido el intento, cuando los comprometidos, los medrosos y los fanáticos manifestaron el decidido propósito de acompañar á la guarnición, insano pensamiento que el teniente de rey, con previsora prudencia, trató de evitar, representando los peligros que correría una desvalida multitud de individuos de ambos sexos y edades, cuando se iba á arrostrar el riesgo de que si el enemigo descubría la fuga, se rompiese el fuego, y cayesen víctimas de su temeridad los enloquecidos habitantes.

Pero la pasión y el miedo no razonan; y era tal el terror que la entrada de los liberales causaba á los que se habían comprometido contra ellos, que cerrando los ojos á su extravío, pusieron los amedrentados en marcha, en seguimiento de la guarnición. No logró esta escapar á la vigilancia de las avanzadas del campo liberal, y, roto el fuego, la procesion de fugitivos, que seguía á la tropa, retrocedió á toda carrera hacia la plaza; mas siendo en su avance considerados como enemigos por los que guarnecían el castillo, hicieron fuego sobre los fugitivos. La atribulada multitud de ancianos, mujeres y niños buscó refugio en el puente levadizo, que contiguo á los muros de la plaza los resguardaría de los tiros del castillo; pero el peso de tanta gente hundió el débil tablado del puente, haciendo caer al foso el gran número de víctimas que la luz del día hizo descubrir. Reconoció el error por los del castillo, abrióse la puerta de la ciudad y pudieron entrar en ella los restos de los peregrinantes, que en tal mal hora quisieron imitar la fuga de los israelitas de Egipto, sin tener un Moisés que los libertase del océano de fuego que corrían á afrontar.

CAPITULO II

La Corte y el cuartel general

Viaje de la Reina á Cataluña.—Balmaseda en Castilla.—Don Carlos en Bourges.—La Gobernadora en Zaragoza y en Esparraguera.—Ultima campaña en Cataluña.—Terminación de la guerra civil.—Espartero en Barcelona.—La Ley de Ayuntamientos.—Crisis final.

Siguiendo el método de que procuramos apartarnos lo menos posible, de llevar de frente el relato de los sucesos, segun su orden cronológico, sin que los diferentes episodios pierdan de su unidad ni deje de ofrecerla el cuadro general de la historia de cada año; este método nos condujo á narrar las estrepitosas novedades acaecidas en el campo carlista en la primavera de 1839, á hacerlo seguidamente de las operaciones militares y de las negociaciones políticas que condujeron á la conclusion del tratado de Vergara, desenlace parcial de la gran contienda á la que vino á dársele final la pacificación de las provincias del Este y la expulsión de Cabrera del territorio.

En medio de estas dos corrientes de graves é interesantes hechos de guerra y de diplomacia surgieron y debimos darles lugar, las dos disoluciones de Cortes y las peripecias de la lucha entre conservadores y progresistas, entre Palacio y el Cuartel general.

El suceso de mas importancia que siguió á los á que acabamos de hacer referencia lo fué el viaje de la Reina María Cristina á Barcelona, hecho con el que se enlaza, por haber sido su punto de partida, la renuncia de la madre de doña Isabel á la gobernación del Reino, su salida para el extranjero y la situación revolucionaria entronizada por el advenimiento á la Regencia del general Espartero, cuya duración se extendió hasta el desenlace del pronunciamiento fruto de la

coalición en la que entraron todos los partidos en los que se hallaba dividida España, á saber: el progresista, el moderado y los tradicionalistas, que formaban los isabelinos ultra-monárquicos.

Pero el período que comienza con la partida de la Gobernadora de Madrid y se extiende hasta su salida de España, hace parte y se confunde con operaciones de guerra en Castilla que debemos sumariar al darnos cuenta de los incidentes relacionados con el viaje de la Reina.

Queda dicho lo suficiente sobre la situación de la augusta señora con relación á los partidos sostenedores del trono de su hija y al general en jefe, para que sea necesario entrar sobre ello en nuevos esclarecimientos. Aquella situación vino á ser esencialmente falsa desde el día en que el comunicado fechado en Mas de las Matas y suscrito en nombre del duque de la Victoria por su secretario de campaña el entonces brigadier Linage, puso de manifiesto que el jefe de la fuerza armada abrigaba y hacia públicas convicciones contrarias en política á la seguida por los ministros, disidencia perturbadora de los intereses del Estado, que se patentizó mas cuando vino á ser cuestión de gabinete la de la faja de mariscal de campo para don Francisco Linage, por cuyo motivo y para que dicha gracia tuviese efecto la Gobernadora consentía, por no descontar á Espartero, en la salida del gabinete de tres de sus ministros.

Claro fué desde aquel día que la Reina y sus consejeros juntamente con el partido que tenía la mayoría estaban en el caso de considerar si eran bastante fuertes para dispensarse de los servicios del general Espartero, y no siéndolo, haber dejado el poder á beneficio del partido cuya alianza con el general no podía ser dudosa; ó cuando menos y en atención á que por razones á la vez políticas y de conveniencia (dictadas estas últimas por la necesidad de que la Reina Isabel tomase aguas termales en Cataluña), la corte había decidido ir á Barcelona, haber tanto los ministros como la mayoría, adoptado una política expectante, haber dado largas á la ley de ayuntamientos, y subordinado toda posterior conducta al resultado de la entrevista de la Reina con Espartero.

Mas, léjos de haber obrado con esta prudencia, gobierno y mayoría precipitaron los trámites de la votación de la ley, caballo de batalla de la empeñada lid; y no contentos con haber ultimado su aprobación en ambos cuerpos colegisladores, los ministros quedados en Madrid, y entre ellos el que hacia papel de piloto del gabinete don Lorenzo Arrazola, se hacían la ilusión de creer que seguían la política mas prudente y acertada.

En otro error muy de bulto incurrieron los moderados. A raíz del convenio de Vergara, el ministro de la Guerra Alaix presentó al Congreso el siguiente proyecto de ley:

A LAS CORTES

S. M. la Reina gobernadora se ha servido autorizarme para presentar á las Cortes el siguiente

Proyecto de ley

«Artículo único.—Teniendo presente los eminentes servicios prestados á la causa nacional y al trono legítimo de S. M. la Reina doña Isabel II en la presente lucha por el general en jefe del ejército del Norte don Baldomero Espartero, conde de Luchana, duque de la Victoria, y muy especialmente el que acaba de prestar en los últimos grandiosos acontecimientos y convenio de Vergara que tan poderosamente conducen á la pacificación general; como un voto de honor y testimonio perpetuo del reconocimiento público, la nación concede al expresado duque de la Victoria, para que pueda disponer de ellos libremente, aquella porción de bienes nacionales que basten á producir una renta anual de un millon de reales en la provincia y en la clase de bienes que el mismo elija.

»Palacio 18 de setiembre de 1839.—Isidro Alaix.»
Fué, como no podía menos en aquellos días de entusiasmo, acogida la propuesta y el Congreso nombró para su exámen una comisión de su seno. Pero disueltas aquellas Cortes en las que los progresistas tenían mayoría absoluta, sin haber

dado dictámen, el ministerio reformado reprodujo ante las nuevas Cortes en marzo de 1840, el primitivo proyecto de ley, y el Congreso cuya mayoría la formaban como queda dicho los moderados, nombró una comisión compuesta de los señores Rivaherrera, duque de Gor, conde de Adanero, don Simon Roda y otros diputados no menos conspicuos del partido conservador.

Consta al que evoca aquellos recuerdos que diputados á quienes preocupaba lo grave de la situación, instaron á los jefes de la mayoría á que no se hiciese caso omiso de la existencia de la propuesta emanada de dos gabinetes de diferente procedencia y color, y que sin hacer de la concesión objeto de una negociación ó ajuste contrario al decoro de la mayoría y á la dignidad del futuro agraciado, era procedente hacer que llegase á oídos del general que el Congreso se mostraba propicio á la gracia; paso de atención que no habria podido menos de dar lugar á explicaciones útiles y aun necesarias en la situación en que se hallaban los negocios del país.

Pero no fué atendido el prudente consejo y siguió desplegada la bandera de guerra, simbolizada en la ley de Ayuntamientos cuya sanción era esperada como la señal para dar principio á la ruptura de las hostilidades.

La Gobernadora, sus ministros y la mayoría fundaban una confianza por demás aventurada en que obrando la Reina y las Cortes dentro de la esfera de la legalidad y en el estricto uso de las atribuciones, encontrarían suficiente apoyo en la mayoría sensata del país y en jefes militares de crédito, como O'Donnell, Diego Leon, Concha, Oraá y otros que era sabido obedecerían las órdenes emanadas de la autoridad constitucional de la Reina.

Mas para haber podido razonablemente contar con apelar á semejantes elementos de fuerza, habria sido indispensable disponerlos de antemano, y ya que la Gobernadora se hallaba resuelta á ir al encuentro del que conceptuaba como su caudillo predilecto, bastantes pruebas tenia de que se inclinaba á una política contraria á la de su gobierno para haber tenido pensado y en reserva algun medio de contrarrestar la presión del general en jefe, si es que no conceptuaba fuese mas conveniente cederle y despedir á la mayoría que con tanto afán quiso la Reina llamar inmediatamente despues del convenio de Vergara.

Impresionado de los peligrosos azares que iba á correr la gobernación del Estado, verificándose el viaje de la Reina sin que su objeto político correspondiese á un sistema capaz de resolver las dificultades que creaba el empeñarse sin medios adecuados para ello en hacer prevalecer una política contraria á aquella por la que abiertamente abogaba el general en jefe, *El Correo Nacional*, órgano de la mayoría cuando esta representaba la unidad todavía intacta del partido conservador y afirmada á consecuencia del convenio de Vergara, aconsejó en términos mesurados, pero muy significativos, la conveniencia de no precipitar el viaje, sin saber antes á lo que se iba y sin estar el gobierno y la mayoría preparados para resistir ó dispuestos á dejar el poder expedito á los progresistas. Hallábase la Reina rodeada de personas que participaban de la ciega confianza de la augusta señora, respecto á que Espartero no tendria mas voluntad que la de la Reina y que bastaria que el general se hallase al frente de María Cristina para que esta pudiese decir como César: *Uleguá, ví y vencí*.

No participaban de igual confianza los redactores del ya citado periódico; los que considerando hasta indiscreto continuar una polémica en la que tendrían que discutir el acierto con que obraba la única persona en el Estado cuyos actos no son discutibles, cerraron el debate declarando que callaban tratándose de materia en la que no cabía mostrarse mas realistas que el Rey.

La proximidad del día fijado para la partida de la Reina gobernadora, obligó al gobierno á ocuparse de asegurar el tránsito de la régia expedición contra apariciones carlistas. El itinerario primitivamente resuelto debió ser por Valencia, pero se varió en vista de observaciones del general Azpiroz relativas al inconveniente de tener que separar las tropas de los puntos que ocupaban, dejando expuestos á las venganzas de las partidas carlistas á los liberales que habían emigrado

de sus pueblos en el apogeo de las facciones y regresaban ahora al amparo de las columnas liberales.

Alterada en su consecuencia la ruta que debía seguir S. M., se determinó fuese por Zaragoza cuya carretera se encargó cubriese el general don Manuel de la Concha, quien acababa de distinguirse desalojando á los carlistas de sus fuertes posiciones de Cañete y Beteta, puntos avanzados que habían sido de Cabrera, y de los que quiso este servirse para haber lanzado de Madrid el gobierno de la Reina, una vez que, cual estuvo próximo á conseguirlo, hubiese cortado sus comunicaciones con las provincias del Norte y del Este.

Efectuaron la Gobernadora y su hija su salida de Madrid el 11 de junio no llevando en su séquito como dama sino á la señora duquesa de la Victoria, pero acompañadas por el presidente de su Consejo, Perez de Castro, y por los ministros de la Guerra, conde de Cleonard, y de Marina, Sotelo, habiendo quedado en Madrid los de Gracia y Justicia, Arzola, de Hacienda, Santillana, y Armendariz, de Gobernación.

Tan acertadas como oportunas fueron las disposiciones tomadas por el general Concha para cubrir el trayecto que debía atravesar el convoy real, y tanto mas resplandeció la superior inteligencia estratégica de aquel entendido y bizarro general, cuanto que Balmaseda recorría Castilla al frente de 2,500 infantes y numerosa caballería, y podía presentarse y ofrecer un desigual combate á la columna al mando de Concha, pero tuvo este además de la gloria de conjurar este peligro, la de batir en Comillas al partidario Palacios que intentaba haber hostilizado al convoy.

El abandono por Cabrera de los puntos fortificados que poseía en Aragón y la toma de Morella, produjo la dispersión de todas aquellas de sus fuerzas que no lograron reunirse á su principal caudillo antes que este pasase el Ebro. Entre los que no pudieron incorporarse se hallaba, como hemos dicho, Balmaseda, que al frente de su fuerte división intentó cruzar á Navarra, pero la prevision del general O'Donnell le cortó el paso del gran río, de cuyas resultas el jefe carlista retrocedió sobre Castilla, haciendo un llamamiento á los hijos del país que habían servido en las filas de don Carlos y acogidos al convenio, y haciendo pesar su dura mano aquel implacable jefe por toda la serranía de Soria y tierra abierta de Castilla de donde sacó toda clase de recursos. Empeñóse en rendir á la villa de Roa, cuyo espíritu se hallaba bien cambiado desde que dieron sus habitantes en 1825 el odioso espectáculo de martirizar á su denodado compatriota el célebre *Empeinado*.

Convertidos ahora en entusiastas liberales los hijos de Roa, no se dejaron intimidar por los cañones de Balmaseda, ni menos cedieron al incendio de sus moradas y al de la iglesia convertida en fuerte. La gallarda defensa de Roa colocó al decidido vecindario de la villa castellana á la altura de Ceniceiro, de Peralta y de otras poblaciones navarras y riojanas que se inmortalizaron en los primeros años de la guerra.

Para librar á las provincias interiores de las correrías y exacciones de Balmaseda, tuvieron que operar activamente contra él, además de las fuerzas de que disponía el general Concha, las columnas al mando del general Piquero y del coronel Lara. Acosado por la activa persecución de la que acabó por ser objeto, Balmaseda pudo penetrar en Navarra por Tafalla, para desde allí por Vera y Echalar entrar fugitivo en Francia.

Desde que puso don Carlos el pié en el territorio del vecino reino no cesó, confinado y vigilado como se hallaba en Bourges, de mover á sus partidarios á volver á encender en España la tea de la atroz guerra, todavía latente en Cataluña y Aragón.

De ambos puntos pedían al Pretendiente armamento y recursos, y mas que todo la presencia de su hijo para que con ella se reanimase el celo de los adictos á la causa.

No recibió con gusto el obstinado don Carlos las instancias dirigidas á su primogénito, y llegó hasta á oponerse resueltamente á la partida de este, la que estuvo á punto de verificarse, y bien se comprenderá esta repugnancia á dejar partir á su heredero, sabiendo que su padre se hallaba deseoso de ir en persona á renovar los tristes ejemplos que no había cesado de ofrecer su caudillaje de una causa que, aunque no hu-

biese estado marcada por la mano de la Providencia para su cumbir, habria bastado para desacreditarla y perderla la menguada persona de su representante. Por lo demás no era ya la bandera que había ondeado Zumalacárregui objeto de las ilusiones de los gabinetes protectores de la causa carlista. Su principal patrono, el príncipe de Metternich, había empleado con éxito todo su influjo cerca de Luis Felipe, para alejarle de que diese liberal ensanche al tratado de la cuádruple alianza, y bajo los gabinetes presididos por el conde de Molé y por el mariscal Soult, habían gozado los carlistas, si no de protección abierta, de una tolerancia tan poco encubierta, y de una simpatía tan patente, que llegó á traducirse en los actos, ya que no oficiales, en los confidentiales, por medio de los cuales le reconocían mas ó menos directamente á don Carlos los derechos de beligerante.

Pero los fusilamientos de Estella, las humillaciones por que pasó don Carlos á manos de Maroto, los sostenidos triunfos logrados por las armas de la Reina, produjeron una decidida reacción en el ánimo, tanto de los gabinetes del Norte, como en el del Rey de los franceses. Grande adorador el último del *dios Erito*, cambió en deferencias y celo por el cumplimiento de los descuidados deberes de la olvidada alianza las anteriores condescendencias hácia los carlistas, y la policía francesa comenzó á ejercer escrupulosa vigilancia cerca del detenido de Bourges.

De este crecimiento de amistad hácia la causa de la Reina supo aprovecharse el marqués de Miraflores, embajador de España en París, para establecer por su cuenta en Bourges una policía, á la que debió estar perfectamente al corriente de lo que se tramaba en el gabinete del refugiado príncipe.

Fueron en su consecuencia conocidos todos los proyectos mas ó menos aventurados que formaba don Carlos para encender nuevamente la guerra civil. Pero con mejor sentido y mas patriotismo de su obstinado monarca no se prestaron los mas idóneos de sus partidarios á secundar las órdenes dadas para que se trasladasen á España á alzar de nuevo en ella la bandera rebelde. Abreu, Zabala, Araoz, Vivanco y Valdospina se encontraron en este caso, y no vacilaron en representar respetuosamente á don Carlos que no había elementos para volver á levantar el país.

Pero todas las emigraciones se parecen y presentan síntomas de una singular analogía. Al lado de los prudentes entre los refugiados carlistas hallábanse los que, acogiendo las comunicaciones de correspondales poco dignos de confianza, representaban dispuestas á sublevarse de nuevo las provincias donde había ardido la guerra civil; á la manera que entre los emigrados liberales durante la vida de Fernando VII, Torrijos, Morales, Bazan, Valdés y otros entusiastas creyeron que la fe liberal ardía en el interior, y que bastaría que se presentase en las costas, ó por la frontera, la bandera de la libertad, para que los pueblos se levantasen; ilusión caramente pagada con la sangre de aquellos esforzados patricios, víctimas de su ciega confianza.

Por fortuna para la humanidad, los proyectos carlistas de aquella época no pasaron adelante, como sucedió con el imaginario levantamiento de Andalucía, para el que autorizó don Carlos á un tal Miyares por un decreto fechado en Bourges (1) en 26 de octubre de 1839, habiendo sido descubiertos

(1) Decíase en él que «siendo muy urgente asegurar el éxito de la próxima campaña para dar fin á la injusta, fratricida y sangrienta lucha que por seis años ya cumplidos y por la influencia de un corto número de inmorales é indignos españoles devora los pueblos que la divina Providencia había puesto á mi cuidado, he resuelto que sin pérdida de momento se pongan en acción todos los medios posibles á fin de acelerar y proteger el pronunciamiento de mis leales provincias del Mediodía de España, medio el mas eficaz para restituir á sus habitantes la libertad de que hace tanto tiempo carecen y de satisfacer sus ardientes deseos de empuñar las armas para hacer respetar nuestra sacrosanta religion y los sagrados derechos de mi soberanía, disfrutando en consecuencia de aquellas dotes que tan felices hicieron á sus mayores en otros tiempos mas venturosos por el imperio de las virtudes. Por lo tanto: He venido en autorizar, como por este mi real decreto os autorizo, para que sin pérdida de tiempo os pongais en marcha y paseis á continuar vuestros servicios en calidad de segundo jefe á las órdenes de aquel de mis fieles vasallos

y deshechos los alistados antes que pasasen la frontera. Y bien estuvo á los alucinados, á quienes se pretendía arrastrar, no haber puesto el pié en territorio español, toda vez que, segun los mas fidedignos informes, la gran masa de la población en las Provincias Vascongadas y en Navarra disfrutaba con pleno contento las dulzuras de la recién adquirida paz.

Aviado el gobierno de la Reina por el de Francia, por comunicaciones que directamente recibió, de que entre los proyectos de sublevación que fraguaban los emigrados, los había dirigidos á envenenar á la Reina doña Isabel y á su hermana, á asesinar á Maroto, á sublevar de nuevo las provincias del Norte, y á proclamar candidato al trono al primogénito de don Carlos, dieron lugar aquellas denuncias á que se crease una atmósfera acusadora de la presunta connivencia de don Carlos en tramas de carácter tan criminal, como el de atentar contra la vida de la Reina, odiosa sospecha bajo cuyo peso no quiso el Pretendiente guardar silencio, y que desmintió solemnemente bajo su firma (2).

que en el día sostiene el espíritu de mis pueblos en las provincias de Andalucía y Extremadura, que elijais por jefe superior, y que por su capacidad, moralidad y valor presente mas garantías, y á fin de estimular el celo del jefe nombrado y daros mas pruebas de mi real aprecio, concedo desde luego á aquel y á vos los empleos-correspondientes á las fuerzas que organicéis.»

(2) Hé aquí el tenor de la comunicación inserta en la Gaceta de Francia y en la de Hamburgo:

Bourges 1.º de junio de 1840.—Acabo de saber con la mas viva indignación, aunque sin sorpresa, por origen auténtico, que el gobierno francés pretende tener en su mano las pruebas de un proyecto formado con mi asentimiento y cuyo objeto sería el de envenenar á la Reina Cristina.

También he leído en el *Diario del Cher* un artículo donde se trata de un proyecto análogo, dirigido contra la Reina Cristina y su hija. Utilicé para demostrar la falsedad de esta vergonzosa acusación.

El primer decreto que publiqué en Villa Real, en Portugal, el 24 de enero de 1834, dice en su artículo primero que en caso de que la Reina cayese en manos de mis súbditos fieles, deberían tratarla con el mayor respeto. Además todos los generales que han mandado las expediciones, han recibido de mí la orden formal de tratar con el mayor miramiento y el mas profundo respeto á Cristina y á sus hijas y á Francisco Antonio y su familia, en caso de hacerlos prisioneros.

Tal fué la conducta que me prescribió el deber y el honor, y la que hoy me consuela de las calumnias de que soy objeto, y tanto mas, cuanto que sé las órdenes que habían recibido los generales para el caso que cualquiera de mi familia cayese en manos de mis enemigos. Hasta hoy los enemigos, los mas encarnizados (que lo son menos de mi persona que del principio de legitimidad) habían respetado los principios religiosos y morales que me animan; y hasta de ellos se han servido para extender un barniz de ridiculidad sobre la pretendida exageración con que los practico.

Necesario era que un favorito de la revolución de Francia tomase las riendas del gobierno para que las barreras respetadas por los otros fuesen salvadas. El objeto de esta calumnia tan odiosa no puede ser otro que el de señalarme, máxime en Europa, como un criminal, á fin de ocultar el proyecto que se tiene de encerrarme con mi familia en una fortaleza, y no en verdad para impedir la ejecución de un plan que jamás ha existido.

Se quiere arrebatarme los últimos medios de comunicación con mis españoles leales que aun se mantienen fieles y con las potencias que se esfuerzan para sostener el orden y la tranquilidad en Europa; porque el cruel cautiverio que por segunda vez padezco, y mas injusto que en la primera, aunque en ambas dimanando del mismo origen, no les satisfice ya. Hé aquí los efectos de la apatía y de la indiferencia con que las potencias que se intitulan conservadoras han visto caer un rey legítimo, víctima de la mas negra intriga y traición que pudo jamás imaginarse, ejecutada y recompensada por todos los patronos de las revoluciones.

Tal ha sido la recompensa de seis años de molestias, de peligros, de combates y de victorias; la recompensa de las saludables advertencias hechas por el interés general de todos los revolucionarios de todas las naciones. Este nuevo atentado no será el último á que la revolución se entregará contra mí, porque sabe muy bien que yo no puedo transigir con sus principios, aun en el caso en que las potencias no viesan en mi causa la suya propia y en mi persona la de los demás monarcas; si tienen por conveniente negarme los socorros y la protección que les pido, nada en el mundo podrá determinarme á transigir con los principios de la revolución y en desprenderme en lo mas mínimo de mis derechos.

Entre tanto para desvanecer la sombra de la acusación en que quieren apoyarse para oscurecer mis sentimientos religiosos, juzgo hallarme obligado á desmentir pública y completamente la odiosa calumnia levantada contra mí por el gobierno francés. En consecuencia es mi voluntad soberana que el contenido de esta carta, escrita de mi mano, sea comunicado inmediatamente á los gabinetes con quienes estoy en relaciones y que le den toda la publicidad á su alcance.—M. CARLOS.